

La derrota de Degollado que se comunicó por extraordinarios violentos, que parecían llevados en hilos telegráficos, produjo delirio en Guadalajara, en México y en todas las plazas que ocupaban los conservadores, desde el Pacífico hasta el Atlántico: en todas las iglesias se cantaron acciones de gracias y en todos los periódicos clericales se entonaron himnos á la victoria.

Miramón dijo en sus partes: «con el triunfo que se acaba de obtener, el último baluarte de los liberales ha desaparecido, la nación está conquistada, el gobierno emanado del plan de Tacubaya está consolidado, y ya no queda ninguna guerra que sostener y sólo algunos bandidos que exterminar.»

¡Tableau!



### CAPITULO XXX.

*Todo por mi amada.*

LA victoria de Miramón sobre las huestes liberales fué manchada, como era costumbre entonces, con un crimen innecesario: el licenciado Daniel Larios, inofensivo é indefenso, fué mandado fusilar como prisionero de guerra, no obstante que no era militar, ni fué cogido con las armas en la mano; pero era preciso que alguno pagara por todos los demás que se habían escapado, pues fuera de los heridos y muertos no se cogió á ningún otro hombre en el campo de batalla. Todos sabían correr mucho y bien cuando se trataba de correr. Después veremos cómo no pasó mucho tiempo sin que los mismos jefes y oficiales derrotados y dispersos en San Joaquín volvieron á aparecer en el mismo terreno con nuevos y poderosos elementos.

El licenciado Larios no era más que un empleado ci-

vil: servía de secretario al gobernador de Colima y en cumplimiento de su deber había salido acompañando al gobernador; de manera que su fusilamiento no fué más que un acto de ferocidad de aquellos caudillos indocultos que no conocían ni una jota de civilización, ni un ápice de las leyes de la guerra observadas en los países cultos.

Los derrotados de San Joaquín, después de haberse batido con una intrepidez que no se esperaba Miramón, dados los pocos elementos con que contaban, tuvieron la imprevisión de no proporcionarse un punto de apoyo para un evento desgraciado, de manera que al dispersarse en grupos de á quince, veinte y hasta de cincuenta hombres, no sabían ni á dónde dirigirse. Unos se refugiaron en la costa, otros en Michoacán y los demás en los mismos pueblos de Jalisco, en que antes habían merodeado, siendo de estos últimos los guerrilleros Rojas, Canales y otros que prefirieron continuar la guerra en terrenos que les eran muy conocidos. El ministro de la guerra Don Santos Degollado, tomó el rumbo de Michoacán, siguiéndole todos los jefes principales, quienes lograron reunir desde luego un núcleo de fuerza como de unos quinientos hombres.

La guerrilla de Adrián Canales se componía ya al entrar en acción, de cincuenta hombres; pero como siempre estuvo en las líneas avanzadas, fué el primero en recibir el choque del enemigo, así como fué el último en retirarse del campo de batalla, lo que le hizo perder la mitad de su gente, dispersándosele otros más en la retirada, así es que regresó á los alrededores de Santa Ana Acatlán, con sólo doce hombres, encontrándose con que ya estaban establecidas allí nuevas autoridades y con que la guarnición compuesta de cien hombres, estaba mandada por

Pedro Ordóñez en persona, quien ostentaba ya en el pueblo las presillas de capitán.

Dicha grande, sin embargo, era para Adrián Canales conservar á su lado á su segundo Tomás Ramírez que le era muy leal, y que además de ser valiente, tenía gran perspicacia militar y política.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? preguntó Adrián á su amigo, después de que había hecho alto en una finca de campo á cinco leguas de Santa Ana.

—Si son ciertas las noticias que nos han dado de que Pedro está de guarnición en el pueblo y con una fuerza respetable, lo más prudente es que nos alejemos de aquí esta noche misma.

—¡Qué alharaca formará si sabe que le hemos huído!

—No le huímos á él, sino á todo el ejército de Miramón que ya debe venir detrás de nosotros por este mismo camino.

—El tardará en pasar por aquí cuatro ó cinco días.

—No lo creas: sus tropas se tardarán más ó menos tiempo; pero Miramón, que es muy activo y tiene interés en volver al interior, ya debe venir muy cerca con una fuerte escolta.

—De modo que...

—De modo que sería una locura que nos pusiéramos entre dos fuegos.

—Haciéndonos á un lado, Miramón no nos ha de perseguir.

—Pero mandará gente que nos persiga: el mismo Pedro que ha de salir á encontrarle, recibirá la comisión.

—Voy á decirte la verdad, Tomás, exclamó Adrián muy preocupado, temo alejarme de estos contornos, por-

que Pedro es un bandido y necesito velar por la seguridad de Refugio.

—Comprendo tu preocupación, le contestó Tomás; pero creo que deben tranquilizarte dos cosas: primera la energía de la muchacha y luego que está al lado de su familia y en una población en que se le respeta.

—Precisamente lo que temo es que su familia quiera sacrificarla. Ahora se está creyendo que la revolución ha concluido, que Pedro ha conquistado una posición á fuerza de su brazo y que ya ha llegado el tiempo de cumplirle alguna promesa que el padre le haya hecho, en virtud de que ambos profesan las mismas ideas sobre política.

—Sí, sí, todo es verdad; pero estamos más en condiciones de ser protegidos que de proteger. ¿Con qué contamos ahora?

—Con muy pocos hombres y tal vez muy acobardados.

—Que nos siguen con poca voluntad, me alegro que lo conozcas.

—Pero tú y yo valemos algo.

—Valemos algo cuando no estamos en terreno en que todos son nuestros enemigos. Ahora desde Guadajára y Tepic hasta Colima, todo pertenece al vencedor.

—Sin embargo, creo que la guerra no ha terminado.

—Yo también lo creo, porque es una guerra de principios. Sería necesario que la reacción matara á media República para que terminara la resistencia. Sin embargo, por ahora no contamos más que con la esperanza.

—Lo mismo que sentimos nosotros deben sentir los demás: una sed devoradora de revancha.

—Revancha que no vendrá sino poco á poco y cuando todos hayamos hecho enormes sacrificios.

—De manera que ¿cuál es tu opinión, Tomás?

—Mi opinión es: ó que nos alejemos rumbo á Michoacán, que es en donde la llama de la revolución está más viva, ó que nos desviemos con rumbo á Autlán, que es el que me parece que han tomado Rojas y otros muchos guerrilleros.

—Pero ellos nos absorverán y yo no quiero estar á las órdenes de Rojas.

—Sólo vamos á rehacernos un poco á la sombra de ellos y luego volvemos. Aquí estamos expuestos á perecer sin defensa. A estas horas puede ser que ya se sepa en Santa Ana que ha aparecido una pequeña guerrilla, y Pedro ha de suponer desde luego que es la tuya.

—Y bien, que venga.

—Que venga á matarnos, ¿eso es lo que quieres?

—¿Y si logro yo matarle á él?

—No lo conseguirás, porque él vendrá con fuerzas cinco veces superiores á la nuestra, y procurará cogerte vivo para llevarte como trofeo al pueblo.

—No sufriré yo tal humillación. Antes moriré.

—¿Y qué necesidad hay de que mueras? Vámonos salvando ahora.

—Pero entonces, ¿á qué hemos venido?

—Hemos venido creyendo que Pedro estaría con el ejército y no que lo hubieran dejado aquí de guarnición. Recuerda lo que me dijiste: «Vamos á pasar por Santa Ana, y luego aunque nos alejemos hasta el fin del mundo.»

—Es verdad que te dije eso.

—Pues bien, ya venimos, no podemos entrar á Santa Ana. Vámonos.

—Pero no sin intentar antes ver á Refugio.

—Sería más que temeridad intentar tal cosa. Yo haré por evitarte el bochorno de caer en las manos del peor de tus enemigos.

—De modo que tú no me acompañas á entrar al pueblo, si te lo ruego.

—Si me lo ruegas, nó; si me lo mandas, tendré que obedecerte.

—Es la idea que me ha ocurrido: que demos un rodeo y entremos tú y yo al oscurecer por el camino de Guadalajara.

Tomás siguió tratando de persuadir á Adrián de que era la más grande de las locuras arriesgarse á caer en poder de Pedro Ordóñez, que no sólo no les perdonaría, sino que aprovecharía la ocasión para humillarlos y tratar de abatirlos; pero Adrián insistió en que una sola probabilidad que existiera para salir con bien de la empresa, era bastante para intentar aprovecharla y para darle á él la más grande de las satisfacciones.

—¡Cómo se regocijará Refugio, y cómo se regocijarán todas las gentes del pueblo que no tienen ningún cariño á Pedro, cuando sepan que yo me he burlado de él y de sus cien hombres, cuando tengan la noticia mañana de que hemos estado allí tú y yo y de que nos hemos reído de él en sus mismas barbas! Si no somos capaces de una hazaña como esa que casi nada nos cuesta, ¿para qué nos hemos metido á guerrilleros?

—Nos hemos metido á guerrilleros para pelear por la patria.

—No sólo para eso, Tomás, sino para hacer nuestra

soberana voluntad sin sujeción á nadie, que es el principal atractivo que hay en tiempos de guerra para los hombres libres. En nuestra posición servimos á nuestro partido como podemos, pero á la vez nos damos el gusto de no estar sujetos á la disciplina militar si no es cuando queremos.

Tomás inclinó la cabeza: le pareció que semejante argumento no tenía réplica.

—Vamos, pues, á donde quieras, le contestó á poco, sólo te haré advertir que nuestros caballos están destroncados.

—Precisamente teniendo en cuenta eso, he mandado traer unos que no tardarán en llegar.

En efecto, desde por la mañana había enviado Adrián á su asistente con un recado á un amigo suyo, dueño de una hacienda inmediata, suplicándole que le mandara sus dos mejores caballos. En sus correrías se había hecho ya de muchos amigos, principalmente entre los hacendados que cuidaban más que todo de estar bien con los guerrilleros, gustando más naturalmente de que se les tratara bien que no con violencias.

Mientras llegaba el asistente con la respuesta, se retiraron del camino internándose en las profundidades del cerro más próximo, en donde pudieron todos desencillar, tomar una frugal comida y entregarse luego al descanso, colocando dos vigias en las eminencias.

A eso de las cinco de la tarde llegó el asistente acompañado de dos rancheros que llevaban estirando dos magníficos potros. Adrián y Tomás les pusieron las sillas á las dos nuevas cabalgaduras, entregando las suyas, que eran también buenas, á los mozos de la hacienda, para que se

encargarán de cuidarlas allí hasta el día siguiente en que regresarían de una expedición.

Una vez que los dos guerrilleros estuvieron tan bien montados, el jefe comunicó sus órdenes al sargento que se quedaba con el mando de la pequeña fuerza, según las que debería avanzar al oscurecer por cierto camino, hasta tocar casi los primeros corrales de la población, con las instrucciones correspondientes para obrar conforme á las circunstancias.

Una vez arreglados los detalles que Adrián consideró necesarios, picó su caballo, lo mismo hizo Tomás y ambos desaparecieron entre una nube de polvo en los momentos en que el sol iba ocultándose detrás de las montañas que circundaban el horizonte. Conocedores ambos de todos aquellos lugares que habían recorrido antes mil veces en todos sentidos, fácil les fué encontrar el sendero que buscaban y hallarse á la hora y media en el camino que conducía de Guadalajara á Santa Ana y á un kilómetro de los arrabales de la población.

—Ahora vamos combinando nuestro plan, dijo Adrián poniendo al paso su caballo.

—¿Hemos de ir juntos, ó separados? preguntó Tomás.

—Lo mejor es que nos separemos para llamar menos la atención.

—¿Sabes tú si serán conocidos estos caballos?

—Tienen que ser conocidos, una vez que viene seguido montado en ellos el mismo Rentería. Yo también he montado el alazán que traigo ahora, diversas ocasiones.

—Pues ya tienes una causa más que suficiente. . . .

—Pero no todos son tan hábiles para que conozcan los caballos en la oscuridad.

—Desde luego la manera con que se presentan y manotean, es llamativa.

—Bueno, ¿y qué? Si conocen los caballos, tanto mejor, supondrán que son gentes de Rentería las que los montan y en todo caso no conocerán á los ginetes. ¿Traes bufanda?

—Precisamente me la estoy poniendo.

—De modo que á la entrada nos separamos: yo me voy de frente á pasar por la esquina de la plaza para dar vuelta á la izquierda y llegar á la casa de Refugio, mientras tú llegas hasta la esquina de la calle por el lado opuesto. Sólo que yo te llame acudes, y en el caso de que tú seas el atacado te incorporas conmigo si puedes, y si no te escapas y yo procuraré alcanzarte á la salida. Ya conoces la contraseña.

—Yo también te haré mi señal si ocurre algo ó te observo muy entretenido.

—Corriente. Ya sabes que nuestra salvación no sólo está en nuestras pistolas sino en nuestros caballos que no los hay mejores por estos rumbos, así como en el conocimiento que tenemos del terreno; pero principalmente en la protección de Dios que no ha llegado á abandonarnos.

—Amen, murmuró Tomás.

—Ahora déjame ya y sigue tu camino.

—Dios nos saque con bien de esta aventura, murmuró Tomás que iba á ella con todo su valor, pero muy á pesar suyo, y picó su caballo torciendo á la izquierda y tomando una vereda que le había de conducir á poco por la derecha al lugar de la cita.

Apenas había avanzado Adrián por las primeras calles, cuando empezó á encontrarse con soldados que lleva-

ban sus caballos estirando, otros iban montados en pelo y más allá otros iban cargando tercios de pasturas, todo lo que le indicaba que en efecto los informes que se le habían dado, eran exactos y que había allí una pequeña guarnición, no de guerrilleros, sino de soldados de caballería, que aunque muy mal vestidos arrastraban sables y llevaban sus medias botas y sus chacos.

Adrián iba paso á paso dándose los aires de un ginete cansado; pero mirando con toda cautela hacia uno y otro lado y sin separar la mano derecha del mango de la pistola que llevaba por delante pendiente del cinturón y recostada en la cabeza de la silla. Así llegó hasta la esquina de la plaza en que tuvo que torcer á la izquierda, siguiendo todo el costado al descubierto para entrar á la calle siguiente, que era en donde estaba la casa de Refugio.

—Que ella sepa al menos que he estado aquí, aunque no pueda verla! decía para sí mismo no sin experimentar cierto sobresalto al observar que se quedaban mirándole con mucha atención, tanto las personas que estaban en las puertas como los transeuntes que se detenían, como si procuraran reconocerlo.

Por fortuna la noche era muy oscura, había poquísimos faroles, y él había tenido la precaución de sumirse el sombrero hasta las cejas y de ponerse la bufanda hasta las narices, no dejando descubiertos más que los ojos.

Ya iba á llegar el momento decisivo: estaba á unos cuantos pasos de la puerta de la casa de Refugio, que parecía estar cerrada, y estaba vacilando sobre si llegar y tocar ó pasarse, cuando la puerta se abrió en el momento preciso en que él se había detenido y aparecieron varias personas, entre las que estaba el mismo Pedro, cu-

ya voz había reconocido. Este, al ver un ginete allí, dijo con voz bastante fuerte:

—¿Quién es usted, amigo?

Adrián no respondió, pero buscaba ávidamente á Refugio entre las personas que estaban en la puerta, alumbradas escasamente por la luz de una vela que llevaba una criada en la mano.

—Responda usted, ¿quién es? ¿qué se le ofrece? repitió Pedro avanzando dos pasos.

Entonces Adrián no tuvo más recurso que contestar con serenidad:

—Soy Adrián Canales.

—¡Adrián! exclamaron Pedro y las personas que estaban en la puerta.

Entonces Pedro, ciego de ira, echó mano á su pistola, y Adrián habiendo observado tal movimiento, le dijo:

—Quieto, porque si disparas, me obligas á matarte.

Todas las personas que estaban en la puerta se metieron corriendo al ver brillar las armas, á la vez que Refugio, saliendo por la ventana, gritó:

—¿Qué es lo que haz hecho, Adrián? ¡huye, huye!

Pedro no pudo contenerse más, apuntó á Adrián á dos pasos de distancia, pero éste que no lo perdía de vista, metió instantáneamente espuelas á su caballo y se le echó encima derribándolo, y al mismo tiempo se le disparó la pistola que estaba preparada, al dar sobre las piedras, sin hacer daño á nadie.

—¡Huye, Adrián, huye! volvió á gritar Refugio temblando.

—No sin estrechar tu mano antes, dijo Adrián acercando el caballo á la ventana.

Ella se la tendió por entre las rejas, é inclinándose Adrián se la besó, y luego partió como un relámpago, en tanto que Pedro corría tras él disparándole los demás tiros de la pistola.

La alarma cundió luego en todo el pueblo, y principalmente entre los soldados, que se apresuraron á reunirse en la plaza, en donde tenían su cuartel. No eran cien, sino veinticinco, y de éstos estuvieron montados en unos diez minutos, cosa de una docena.

Pedro que llegó á donde estaban, casi sin alientos, montó en el primer caballo que le presentaron y se puso á la cabeza de su tropa.

Iban á trote largo por el rumbo que creyó debía seguir Adrián, cuando vió venir por el lado opuesto á un ranchero montado en un caballo flaco.

—¿Encontraste á un hombre que va corriendo en un buen caballo? le preguntó Pedro.

—Encontré dos, mi amo, le contestó el ranchero, y allí en la orilla están esperándolos cosa de cincuenta.

—¡Maldición! exclamó Pedro, ha vuelto á escapárseme; pero mañana lo perseguiré hasta exterminarlo.

Entre tanto Adrián y Tomás se incorporaron á sus diez hombres que les esperaban en el mismo sitio que el primero había designado.

—Hemos escapado de buena, dijo entonces Tomás respirando á plenos pulmones.

—Todo por mi amada, le contestó Adrián en medio de un suspiro.



## CAPITULO XXXI.

### *Nueve pronunciamientos.*

**T**IEMPO es de que volvamos á la Capital, para que se nos den allí las noticias de inesperados acontecimientos.

En una noche del mes de Enero de 1859, bastante fría, estaban reunidos en la casa del comerciante don Alejo Rincón, con su familia, las de su hermano don Néstor y el abogado don Domingo Benavides que había llegado al obscurecer, con sus dos hermanas, personas todas que ya fueron presentadas á los lectores en otra parte de esta relación.

No habiendo costumbre de encender fuego en las habitaciones, aunque estuviera helando, lo que habían hecho era cerrar las vidrieras de la sala herméticamente y sentarse todos muy juntitos en torno de una mesa redon-